





EDGENIO

D' OPS



FLOS

SIPHORUM

Q141  
07





1020028930



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



LIBRARY  
UNIVERSITY OF MICHIGAN

VIDAS DE GRANDES HOMBRÉS  
PUBLICADOS  
Alejandro Magno - Napoleón - Julio César  
D. Jaime I, el Conquistador - Cervantes  
Gonzalo de Córdoba (El Gran Capitán)  
EN PREPARACIÓN

## FLOS SOPHORUM

Yves de Brabant - Robert de Bellême  
Henri de Castille  
Francisco Ferrer  
Cabeza  
Alfonso  
Cristóbal  
Luis de Braganza  
Pedro el Grande  
Roberto  
Luis de Vasa  
Juan de Austria  
Gustavo  
Luis de Borbón - Felipe el Hermoso  
Gustavo de Suedia - Carlos IX de Suecia  
Luis de Borbón - Felipe el Hermoso

LIBRARY  
UNIVERSITY OF MICHIGAN  
1885

## VIDAS DE GRANDES HOMBRES

PUBLICADAS BAJO LA DIRECCIÓN DE D. JUAN PALAU VERA

### PUBLICADOS

Alejandro Magno ◊ Napoleón ◊ Julio César

### EN PRENSA

D. Jaime I, el Conquistador ◊ Cervantes  
Gonzalo de Córdoba (El Gran Capitán)

### EN PREPARACIÓN

Vasco Núñez de Balboa  
Hernán Cortés  
Francisco Pizarro  
Colón  
Aníbal  
Carlomagno  
Bernardo de Palissy  
Roger de Lauria  
Stephenson  
Juana de Arco  
Gutenberg

Beethoven  
Edisson  
Benvenuto Cellini  
Comwell  
Miguel Angel  
Federico II de Prusia  
Pedro el Grande  
Bolivar  
Leonardo de Vinci  
Jacquard  
Bismark

y otras de inventores, artistas, filósofos, hombres de Estado,  
grandes industriales, comerciantes, financieros, ingenieros  
y héroes desconocidos

PROPIEDAD REGISTRADA  
:: COPYRIGHT, 1914 ::

XENIVS

# Flos Sophorum

EJEMPLARIO DE LA VIDA DE LOS GRANDES SABIOS

VERSIÓN DE PEDRO LLERENA



098608

S. A. Industrias Gráficas - Seix y Barral Herms.

EDITORES

Provenza, 219 :: BARCELONA

1914

31436

C  
860  
0

2141  
0A



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

088880

31438

Flos

## PREFACIO

Eugenio d'Ors, ese filósofo tan artista, ese artista tan enamorado de la Ciencia, cuya mentalidad vastísima deja sentir su saludable influjo en toda la vida intelectual catalana, es también un maestro y un sacerdote de la cultura.

Maestro y sacerdote puede llamarse, en efecto, a un hombre que como él viene dando a diario desde hace unos diez años, en forma de glosas, normas ideales de pensamiento y de conducta, y ha sabido además predicar, de un modo inimitable, la civilidad y el heroísmo sobre los que ha de asentarse una civilización.

El *Glosario* de Eugenio d'Ors, no es una obra para adolescentes, y puede añadirse que no es una sola obra. El *Glosario* se compone de una serie de breves y substanciosos artículos en que, tomando como punto de partida un acontecimiento cualquiera de actualidad, una *palpitación del tiempo*, como él los llama, la publicación de un libro, la muerte de un sabio, unas elecciones, una gran

desgracia, etc., nos lleva su autor a brillantes generalizaciones o a profundos análisis.

Hemos dicho que el *Glosario* no es una sola obra, porque, en realidad, se compone de muchas obras: obras de filosofía, de arte, de educación, de crítica social, de psicología, de sociología, etc., cada una de las cuales podría formar un tomo aparte.

De ese *Glosario*, que encierra tantos tesoros y del que pueden extraerse tantas riquezas espirituales, nos ha permitido su autor extraer la serie de glosas, muy indicadas para la juventud, que llevan el nombre de FLOS SOPHORUM, y eso es lo que ofrecemos en este libro, traducido al castellano.

J. PALAU VERA.

#### DEDICATORIA DEL AUTOR

A ENRIQUE PRAT DE LA RIBA

*De sus años de infancia, me contaba usted un día que jamás en ellos imaginara a los poetas como hombres llanos y de intimidad asequible. Siempre, al contrario, como extraordinarios personajes y—esto era lo peor—necesariamente extranjeros.*

*Se adivina la causa. ¿Qué inmediata experiencia podía oponerse a esta imaginación infantil? Nuestra Cataluña no conocía entonces poeta suyo, o empezaba apenas a conocerlo.*

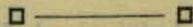
*Mi generación ha sido en esto más dichosa. Mi generación ha visto como moría Jacinto Verdaguer y como vivía Juan Maragall.*

*Pero aún seguimos huérfanos de la visión directa de otro linaje de heroísmo. Tampoco nuestra infancia ha conocido la viva presencia del Sabio. No hemos tocado cuerpo de sabio, ni besamos su mano o su frente. No vimos alma de sabio asomarse, olímpica o púdica, a sus ojos o a las palabras de*

su boca. Ni seguimos de lejos, en la amplitud de una plaza histórica o universitaria, el paso de una de esas graves figuras que unge la nobleza y agobia el peso de haber alcanzado a escuchar la revelación de uno de los grandes secretos de la Naturaleza o del Espíritu.

Las glosas de mi FLOS SOPHORUM están escritas para consuelo de esta orfandad. Y también con la esperanza de traer un poco de medicina a sus desalentadores efectos, si ella había de prolongarse demasiado.

En memoria y agradecimiento de la confianza que debí a su amistad, deje usted que hoy escriba su nombre al frente de estas páginas. Sin adjetivos lo he de escribir, ni títulos, ni tratamientos. Así los nombres de aquellos varones de que mis glosas van a hablar, cuando ya el ácido de la gloria se ha comido todo lo superfluo, para perpetuación de lo restante.



## INTRODUCCIÓN

Si ahora yo os dijese, amigos míos, todo el tumulto de mi corazón en los días que subsiguieron a la muerte de Henri Poincaré, correría riesgo de daros una idea poco favorable de la consistencia y la normalidad de mi vida afectiva. Un hombre extranjero, visto un par de veces nada más; con quien no se ha conversado sino breves instantes y superficialmente; de quien no se ha escuchado curso ni discurso; cultivador de estudios que no son siempre los propios de uno y en los cuales no le es a uno posible entenderle siempre; un hombre que, por otra parte, no ha producido su actividad y su emoción en el mundo, de aquella manera como los héroes populares ó como los artistas y poetas, que es manera que gana a la imaginación en seguida, parece que no ha de estar en condiciones de imponer al espíritu otra cosa que una admiración más o menos cálida: nunca causarle, ni con muerte ni con vida, una turbia borrasca sentimental. Pero quien sea amador del platonismo; quien en eso no se contente con la adhesión a una fórmula filosófica, antes la practique como norma vital, ése sabrá siempre dar a algunas individualidades concretas el rico contenido de las ideas generales; ése sabrá ver en un hombre

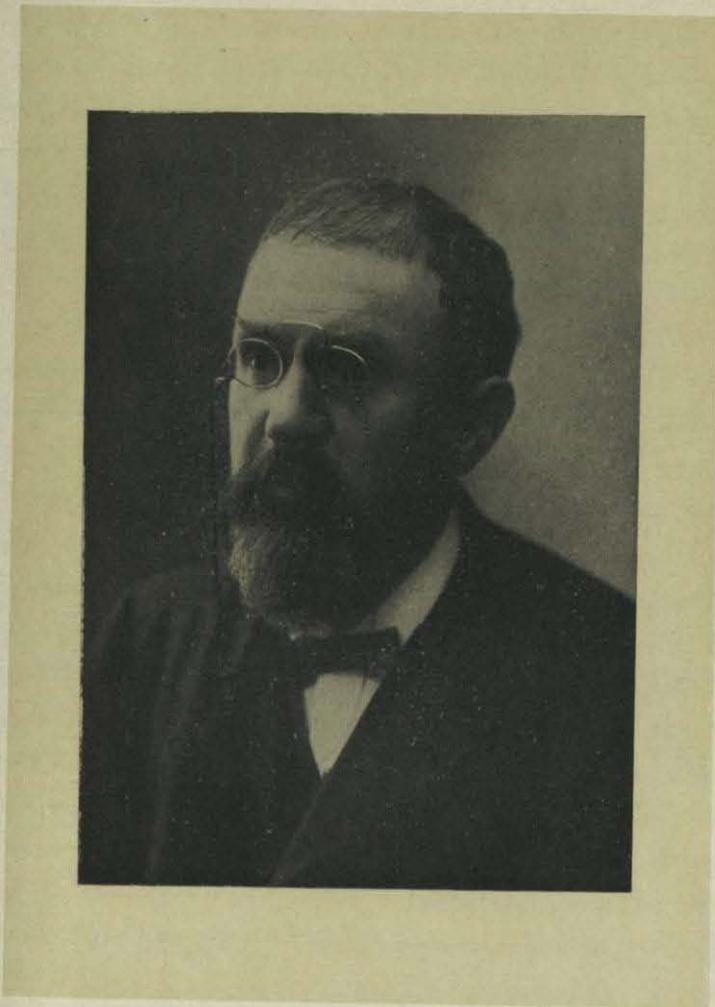
o en una mujer, un mundo, y, lo que es más vasto que un mundo, una categoría. Por tal procedimiento, y con parecida interna elaboración, quien esto escribe hoy pudo ver el año pasado en la mujer que se llamó Bien Plantada, no el símbolo de una raza como se ha dicho, pero sí la amable encarnación de ciertas ideas imperturbables y ocultas que gobiernan a una raza y a su destino. Así, por obra análoga de mitología, en parte voluntaria, en parte no; si ocasionada, por un lado, en la contingencia de aquel par de encuentros, nutrida, por otra parte, en un trabajo obstinadísimo de asociación, de cristalización, de inferencia, Henri Poincaré había alcanzado a ser para mi fervor, no ya *un* sabio—ni tampoco *el símbolo de la Ciencia*—, pero sí *el* sabio, el puro héroe intelectual, impuesto y cargado vivamente con todos los dones y virtudes que á aquella abstracción atribuimos, y con ella consubstancial, como un abanderado con la bandera que en alto sostiene. Yo no veía ya en él al individuo mortal, al ciudadano francés, nacido en Nancy, profesor y académico, al hombre de anchas espaldas, de media estatura, silencioso, de quien un día el doctor Toulouse estudiara experimentalmente las características intelectuales y los *tics*, las fuerzas y las debilidades, los «esplendores y miserias» de la mente. Sino al Hombre eterno en la actitud científica eterna, al Hombre «conociendo por causas», «reduciendo a leyes los fenómenos»—al sabio, ya lo he dicho, al Hombre de Ciencia—, Copérnico y Linneo a la vez, y

Newton y Leibniz y Goethe y Laplace y Lamarck y Pasteur. Así, en su persona y en sus obras, en su fuerte espalda lo mismo que en sus ágiles escritos, él me era viva fuente de lecciones profundas. De su silencio no aprendía menos yo que de sus libros. No me parecían menos llenos de realidad ejemplar que sus teorías, el estilo y ordenación de su prosa. Y cuando él, en su distracción, al pasear por los muelles del Sena, en meditación de algún problema matemático, se llevaba, sin notarlo, según anécdota, la jaulilla de un pajarero colgada al índice, me instruía tanto y tan fuertemente como cuando analizaba, con crítica tan severa como elegante, las hipótesis más recientes de la *teoría de los torbellinos*.

\* \* \*

Ahora, si es cierto que tanto en una persona ó cosa ponemos amor como parte de nosotros mismos hemos puesto en ella, pensad en qué medida me podía ser cara, realidad trabajada y hecha prosperar de tal suerte. Lo que murió en mí, con morir Poincaré, fué el protagonista de un mito sagrado, y bien podía llorarlo á la manera que las lloronas de los misterios de Deméter lloraban un día el anual tránsito del hijo de las entrañas de ella, es decir, el trigo, y la bajada de ella a los infiernos para recuperarlo. Mi trigo ya nunca más se ofrecería a mi hambre sacra. La viva fuente era secada para mi sed, y ya no más en ella me confortaría.

Entonces fué cuando en mente me vino deseo de componer, en pequeños capítulos, no distintos de mis usuales *glosas*, una especie de testamento del maestro augusto, a imitación del que la Bien Plantada quiso dictar, el día de su ascensión, en los jardines musicales de Villa de Este. ¡Pero, ay de mí, que la historia no repite una cosa dos veces! Si las palabras de adiós de Teresa tienen sentido, es porque a ella, y en vivo, le habíamos seguido los pasos; es también porque ella, en sueño—*que es una manera de «en vivos»*—, nos había real e históricamente aparecido, y ya a la siguiente luz mañanera, recogíamos nosotros, con pluma flaca, la lección inmortal. La presencia de Henri Poincaré, en cambio, ya os dije que casi no la he gozado yo. Con recuerdos pálidos, que no con visiones directas y encendidas, su evangelio se hubiera tenido que fabricar. Ahora el sabio ha muerto; y todas las magias a que ha acudido el discípulo ambicioso en largas, desesperadas noches de estío, no han bastado a evocar la corpórea presencia. Los libros herméticos no han servido, ni la palabra cabalística, ni el imponer silencio a todos las voces de la tierra, en torno del laboratorio obscuro en que el conjuro se intentaba. Reposa hoy el sabio del otro lado de la gran serenidad; ya su persona se desvaneció y de él no quedan sino los vocablos escritos sobre el papel, y cuatro anécdotas contadas y una imagen borrosa, que recibirá cada día, en la rememoranza, una afrenta del tiempo. El alma de Henri Poincaré no nos ha sido dejada como la de la Bien Plantada, suspendida en el empíreo



H. POINCARÉ

sobre nosotros, alta, altísima, pero visible aún, visible por que se ha vuelto estrella. Si no que, como una mariposa dorada ha volado al Nunca-más, dejando sólo a nuestros dedos, lacios y nostálgicos, ese polvillo delicado que el viento se lleva.

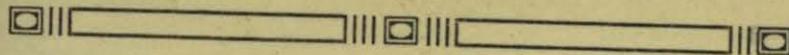
la carne del Poetsare místico y presente, vuelven a vivir  
 Pastora, que vivían juntos, en el alma y en  
 nico y James, Leibniz y Goethe, Laplace

\* \* \*

La obra lenta y apasionada de cristalización idealista, aquel reunir toda la virtud y la pujanza de la Ciencia en un hombre solo, fué, pues, rota por la muerte, miserablemente rota. Y fué así como lo que acontece al escultor si le cae al suelo la estatua a que ya daba fin, y se hace pedazos. Pero, así también como el artista, tras el dolor y rabia fieros de los primeros instantes, busca aún, tembloroso, en aquellos fragmentos el rastro de luz de la hermosura extinta, y a veces quiere exponer a ojos de las gentes tal o cual pedazo que se salvó de la ruina, para moverlas, tanto con el adivinamiento de la perfección, como con el testimonio de la tragedia, así Xenius, ante su mito mutilado, no renunciaba al anhelo edificador todavía... Si con la imagen única y suprema ya no era posible contar, se mostrarían al menos los trozos de la imagen. Si un evangelio ya no, se escribiría al menos un ejemplario piadoso. Si no era posible la biografía del Sabio—la biografía, con toda la fuerza sugestiva y ejemplar de la palabra—, que se hiciese al menos una FLOS SOPHORUM, una pequeña colección sobre actos y dichos de científica piedad de varios

de aquellos varones á quienes honraron en todo tiempo sus hermanos con nombre y fama de sabedores. La síntesis que el entusiasmo alcanzaba, se transforma así en una pobre suma. En lugar de la visión, la inducción fatigosa. Copérnico y Linneo, Leibnitz y Goethe, Laplace y Lamarck y Pasteur, que vivían juntos, á nuestros ojos, en el alma y en la carne del Poincaré mítico y presente, vuelven a vivir por separado; mas vuelve a vivir, de cada uno, una palabra, un gesto, una anécdota, un detalle. Sin embargo, el alma ferviente—ese alma de aprendiz a que yo constantemente me dirijo—, podrá acaso encontrar, en la colección humildísima, algún provecho. ¡Feliz aquel otro, que teniendo cerca de sí un nuevo modelo vivo, un Sabio glorioso y ejemplar, pueda servirse, como yo me servía, del maestro muerto, atribuyéndoselo todo, y contemplando así su realidad riquísima con tanto estudio lúcido como reverencia!

Ahora vamos, amigos míos, a mezclar, al modo de las abejas, vagabundería y método. No seguiremos un orden cronológico, ni tampoco ideal, por disposición prevista y simétrica o por igualdad de tono o carácter... Pero cada mañana visitaremos la FLOS SOPHORUM, para que esa flor entregue a nuestra solicitud industriosa, una gotita de espiritual licor, zumo de las más dulces y fuertes almas que hayan sido.



## FLOS SOPHORUM

### I

#### EL NIÑO Y LA LIBRERÍA

Este niño que mira la librería, tiene los ojos turbados por la confusión y por el deseo. Este niño sabe de libros que le infunden una manera extraña de pavor, a la vez que le atraen furiosamente. Obscuramente adivina que uno de esos temerosos volúmenes contiene la llave de su destino. Desde el punto en que habrá consumado la lectura de uno de ellos, ya su pasión quedará esclavizada, y él sin sosegar, hasta que habrá hecho entrar lo que dicen aquellas páginas en la familia de la propia mente.

¡Pobre niño pálido, que eres un sabio de mañana! Por este miedo de hoy, medimos la alteza de su futuro. A quien se queda suficiente y tranquilo ante un libro que no comprende, no le llama Dios, en verdad, por el camino de las fuertes cosas espirituales. Así como no es llamado a